



Alfredo Moffatt

A Alfredo Moffatt

*Ya no nos queman como en la época de la caza de brujas
ni nos torturan como en los años de la dictadura,
sólo nos desconocen¹*
Alfredo Moffatt

Durante los años de cursada en la Facultad de Psicología concurrí a congresos y jornadas que nutrieron mi formación como futura psicóloga, pero nunca había vivido una experiencia tan intensa como cuando participé en el III Encuentro de la Red Latinoamericana de Alternativas a la Psiquiatría en el Hospital José Tiburcio Borda. Allí encontré grandes personalidades del campo de la salud mental que sin duda marcaron un rumbo. Participé en una actividad que coordinaba Alfredo Moffatt² y lo que me impactó fue la diversidad de personas en ese taller. Había una participación horizontal en cuanto a la circulación de la palabra, escuché a personas con padecimiento mental por fuera de las prácticas universitarias como pares, es decir, sintiendo y valorando la capacidad del considerado “loco” como nunca antes lo había vivenciado. En ese encuentro conocí a importantes referentes del campo de la salud mental como Amarante, Castex y Rotelli. Pero quién más me conmovió por su llegada a la gente fue Alfredo. Me impactó su destreza actitudinal y conceptual, su

manera de comunicarse con las personas internadas. La forma de abordar los diferentes temas con un lenguaje accesible, claro y profundo. Cuando terminó la actividad grupal nos invitó a formar parte del grupo Cooperanza y el Bancadero.

Cooperanza tiene como antecedente histórico la Peña Carlos Gardel, creada a finales de los sesenta por Alfredo Moffatt y Pichón Riviere. En 1976, las actividades de la peña se vieron interrumpidas por la llegada de la dictadura cívico-militar. En 1985, con el retorno de la democracia, resurge la Peña Carlos Gardel con el nombre de Cooperanza, una organización fundada por Alfredo junto a miembros de la sociedad civil. Cooperanza genera y sostiene un trabajo en red con distintos actores sociales de la comunidad, en defensa de la salud pública y los derechos humanos, trabajando en dos planos: uno hacia el interior del hospital, construyendo un espacio de encuentro junto a los pacientes y los trabajadores; y otro realizando intervenciones extra hospitalarias, poniendo en cuestionamiento el imaginario social de la locura. Logra sus objetivos gracias a la realización de diversos talleres con una orientación artística y recreativa. Asimismo, la conmemoración de fechas significativas de la historia y eventos personales de cada paciente permiten la reconstrucción de su identidad como ser social e histórico. Estas herramientas estratégicas funcionan como un mediador para la

reconstrucción de los lazos sociales, ya que permiten el encuentro con otras personas. El espacio es abierto a la comunidad. La organización, además, propone un espacio de formación profesional a partir de la inclusión de diversas instituciones educativas, tanto del área de salud como de ciencias sociales, que favorece la réplica de la práctica.

El Bancadero, por su parte, es una Organización No Gubernamental conformada como Asociación Mutual de Asistencia Psicológica, orientada a la asistencia grupal e individual, de adolescentes, adultxs y tercera edad, además de la asistencia a familias y parejas. Nace en 1982 bajo la conducción de Alfredo Moffatt y con la colaboración de compañerxs que se fueron sumando en el transcurso de tantos años. Concebido inicialmente como Cooperativa de Ayuda Psicológica a fines de la dictadura militar, en una sociedad fragmentada y en tránsito hacia la democracia. En el Bancadero se trabajó fundamentalmente en y con grupos por la necesidad, de ese entonces, que tenía que ver con reunirse y compartir las angustias y sufrimientos, como así también los éxitos y alegrías.³ Cooperanza y el Bancadero fueron dos creaciones de Alfredo, entre otros trabajos comunitarios que llevó adelante.⁴

Sentí que necesitaba continuar lo que había vivido en ese encuentro, acepté esa invitación y me anoté para participar de las dos propuestas.

Recuerdo lo impactante de la primera vez que fui al Bancadero un sábado y de allí salimos todxs en una camioneta rumbo al Borda. Me senté en la parte de la caja, íbamos unos cuantos y en el medio había unas cajas con cosas, instrumentos y un elástico de cama de los viejos, de hierro. Yo pensaba *qué ciruja es Alfredo, cómo va a llevar esto al hospital...* no conocía a nadie de los que iban en la camioneta como para preguntar. Recuerdo también que se vivía un muy lindo clima. Tenía mi caja de cigarrillos Achalay, como nos había recomendado Alfredo, porque una de las cosas que suceden cuando entrás al manicomio es que todos te piden cigarrillos. Con esa caja me aseguraba llegar hasta el lugar que íbamos a armar el encuentro, un jardín al costado de uno de los pabellones. Recuerdo que le pregunté a Alfredo como íbamos a convocar a los internos, ¿qué debíamos hacer? y él me respondió, *no te preocupes, van a venir solo por el aroma.*⁵ Vi que bajaron el elástico y unos compañeros se pusieron a hacer fuego. Era todo tan raro... Mientras otro grupo colgábamos guirnaldas y pegábamos carteles en los árboles, el aroma a choripán inundó ese espacio y al rato nomás había un grupo muy numeroso de internos. Esa imagen me quedó grabada. Vi llegar hombres desdentados, muy maltrechos, algunos en cuero, con un olor muy especial a “manicomio”, la mirada perdida, los cuerpos entumecidos, temblorosos. Fue muy doloroso.

Alfredo nos había agrupado según interés artístico, lúdico, cultural y a mí me tocó el grupo de la música. Un hombre de barba que llevaba la guitarra me dijo *¿sabés tocar el bombo?* Le respondí que sí, me alcanzó un bombo leguero y me dijo *vení conmigo, vamos a hacer unas chacareras* ¡Fue un enorme placer tocar con ese hombre que tenía una energía maravillosa y cantaba tremendo! Luego me enteré de que se llamaba Raúl Carnota, un cantautor, guitarrista, compositor, autor de letras y percusionista argentino. Todxs cantaban y bailaban mientras se hacían los chorizos. Yo me sentí muy a gusto con toda la gente, pero una parte de mí sentía una tristeza muy profunda por las condiciones en las que se encontraban los hombres allí internados. Luego de repartir chorizos me senté a charlar con algunos de ellos. Cada uno tenía alguna particularidad que llamaba la atención. Había uno que tenía dos chapitas de gaseosa de lata con las que se tapaba los ojos, apretaba tanto para sostenerla que le habían quedado las marcas alrededor de los ojos. Le decían Chapita. Pasamos toda la tarde haciendo actividades, charlando, escuchando, caminando. Al finalizar, tratamos de despedirnos con alegría, pero se evidenciaba un clima desolador.

Debíamos cumplir con la regla impuesta por Alfredo: *si participás en Cooperanza luego pasas por el Bancadero. Nadie se va del Borda a su casa.* Yo pensaba que era una regla demasiado estricta pero luego me di cuenta

de porqué lo hacía. Es imposible irse del Borda después de pasar toda una tarde compartiendo momentos, sufrimientos, experiencias, y no estar angustiada, o por lo menos sensibilizada por lo vivido. Esa mateada grupal en el Bancadero después de Cooperanza era para cuidarnos y para darle continuidad a la experiencia. Mucha gente iba un sábado a participar y luego no volvía. Por eso entendí que si no contábamos con ese cierre, ese espacio de contención, escucha y análisis grupal, la experiencia tenía muchas probabilidades de abortar. Aprendí muchísimo en esos espacios grupales y realmente sentí que me daba herramientas para sostener mi participación los sábados en Cooperanza. También participé en menor medida en el Bancadero, ayudando a pintar puertas, organizar actividades, en entrevistas conjuntas con profesionales, etc. Era un espacio sostenido por personas de manera voluntaria. En ese momento yo aún era estudiante.

Reconozco que lo vivido con Alfredo es el germen de lo que luego fue el Centro Cultural Camino Abierto en Bariloche, pero ya en un contexto de libertad, sin manicomios.⁶

Alfredo Moffatt nos ha dejado marcas profundas con su enseñanza, con su generosidad. No tenía descanso, amplió su mirada más allá del manicomio, nos decía todo el tiempo *la salud mental no hay que trabajarla en los hospitales, hay que trabajarla en comunidad, con los*

pibes de la calle, con las changas, con los locos, con los pobres, con todo aquel que necesite un apoyo. Es así como recorrió la Argentina y también Brasil, luchando, ya no sólo por la reforma de la psiquiatría sino por un mundo más justo y humanitario: la salida es colectiva siempre; en este mundo injusto y desigual, ninguna persona se salva sola.

En el año 2007, ya viviendo en Bariloche, provincia de Río Negro, un día lo llamé y le dije: *Alfredo, ayudame, necesitamos trabajo en red en Bariloche, necesitamos más trabajo comunitario, hay mucha fragmentación. Me dijo, armá un encuentro que yo voy. Eso sí, ponele un nombre que seduzca así viene todo el mundo.* Le gustó la propuesta de armar un encuentro que se llame “Primeros Auxilios Psicológicos”. Fueron tres días inolvidables para Bariloche. Vinieron 400 personas, algo inesperado. El último día terminamos haciendo técnicas grupales de arteterapia. Dejó instalado un trabajo en red que continúa hasta el día de hoy. Pasaron los años y aún se sigue hablando de ese gran encuentro.

Alfredo podía hablar de temas muy filosóficos, existenciales y profundos con un gran sentido del humor. Nos dejó su experiencia, sus libros, su humanidad, su lunfardo, su *Choripidol*, su Terapia de Crisis, la Escuela de Psicología Social, su amor por el arte y la locura. Nos enseñó que todos podemos ser actores de la transformación social. Que si hablamos de salud mental hablamos de estar cerca de la gente, y que la cura es tener

un proyecto de vida. Nos abrazó con sus ideas, con sus prácticas y nos trazó el camino hacia la inclusión social.

¡Gracias Alfredo! Estás siempre presente en nosotros.

ELVIRA, Mirta. Doctora en Salud Mental Comunitaria por la Universidad Nacional de Lanús (UNLa). Psicóloga, docente e investigadora de la Universidad Nacional de Río Negro (UNRN). Integrante del Centro Cultural Camino Abierto (Bariloche, Río Negro, Argentina).

Contacto: melvira@urnr.edu.ar

Notas

1. Río Negro Online. (27 de agosto de 2007). MASIVO INTERÉS EN BARILOCHE EN PRIMEROS AUXILIOS PSICOLÓGICOS. *Río Negro Online*. Disponible en: <https://bitly.ws/ZnSW>
2. Alfredo Carlos Moffatt nació un 12 de enero de 1934 en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Fue psicólogo social, psicodramatista y arquitecto. Fundador de la Escuela de Psicología Argentina, uno de los discípulos de Enrique Pichon Riviere. Falleció el 2 de julio del 2023.
3. Información obtenida de <https://bitly.ws/ZnT6>
4. Incentivó la creación de otras propuestas como “Radio La Colifata” (1991), y frente al colapso neoliberal llevó

el modelo de “Las Ollitas” (2001) a las villas miseria de La Matanza. Se lo recuerda también por sus primeros pasos en la experiencia de la comunidad terapéutica realizada en el Hospital José Estévez (1968) de Lomas de Zamora (Buenos Aires, Argentina), bajo la dirección de Wilbur Ricardo Grimson, creando el “Club la Esperanza” donde las internas contaron con un espacio destinado al festejo popular, el baile, el canto, el teatro y un emprendimiento de pastelería como dispositivos de resocialización. Coordinó grupos de asistencia a sobrevivientes y familiares de la tragedia de Cromañón (2004), entre otras importantes iniciativas.

5. Alfredo le llamaba a esto la técnica del *Choripidol*, *el choripán criollo que cura*.

6. Para conocer más se sugiere consultar el siguiente artículo: Elvira, M. (2012). Participación en salud mental comunitaria. *Revista Salud Mental y Comunidad*, (2). Pp. 105-109. Disponible en: <https://bitly.ws/ZnTC>

